

INTERNACIONAL

(Internationale)



*Revista mensual de la Asociacion
Internacional de los Trabajadores
(A. I. T.)*

DESTINADA EXCLUSIVAMENTE
A LOS MILITANTES DE LA ORGANIZACION

2

JUNIO 1938

DOS Francs

INTERNACIONAL

Revista mensual

Editada por el Secretariado de la A. I. T.
4, SQUARE JEAN FALCK, PARIS X (117. BD. DE LA VILLETTE)

INDICE

LA C.N.T.-F.A.I., EL ESTADO Y EL GOBIERNO (*Por Albert Jensen*)

LA C.N.T. EN LA REVOLUCION ESPANOLA
MODIFICACIONES TACTICAS IMPUESTAS POR LA REALIDAD
(*Por Manuel Villar*)

EL CARACTER ACTUAL Y EL OBJETIVO DE LA GUERRA
(*Por Pierre Besnard*)

DE AYER A HOY : ENSEÑANZAS DE LA ESPANA REVOLUCIONARIA
(*Por I. Martí*)

La C.N.T. - F.A.I., el Estado y el gobierno

Por Albert Jensen, Stockholm

En el conjunto de los problemas que desde el punto de vista anarcosindicalista forman « la cuestión española », él que más llama la atención de los camaradas anarcosindicalistas en el extranjero, a mi juicio, es la posición de la C.N.T.-F.A.I. frente al Estado y al gobierno. Sería especialmente deseable explicar en esta revista, en una forma comprensible para los compañeros extranjeros, las causas y factores que motivaron la participación en el gobierno catalán, así como en el gobierno central, de la C.N.T.-F.A.I. En este punto, el movimiento español nos ha quitado ilusiones y ha agravado hasta nuestra posición ideológica. Estoy inclinado a creer que debe considerarse como de interés vital para nuestra internacional disipar la oscuridad que a pesar de todo envuelve este asunto, por medio de una discusión en las columnas de esta revista.

Si digo esto y abro la discusión con el presente trabajo, esto no quiere decir que quiero hacer una crítica de la línea táctica de nuestros camaradas españoles. En todo caso, no lo quiero hacer en este momento, y en este artículo. Mi tarea será, en cambio, tratar de hacer comprender a los camaradas españoles cómo nosotros en el exterior vemos el asunto, quizá en gran parte basándonos en informaciones insuficientes y deficientes.

Quiero que los camaradas españoles comprendan las dudas que surgen entre nosotros. Está lejos de mis intenciones dar ahora una interpretación determinada y menos aún emitir un fallo cualquiera. Este trabajo solo quiere ser un llamamiento a todos los camaradas con la finalidad de ayudarnos en la comprensión de lo que ha ocurrido y sigue ocurriendo en España, para que estemos en condiciones de proporcionarnos definitivamente unos conceptos claros.

Si se quiere ver claramente la posición de la C.N.T.-F.A.I. frente al Estado y al gobierno, entonces hay que evitar todo punto de partida

dogmático en la medida posible. Partiendo de una posición puramente doctrinaria creo que no sería necesario decir mucho.

Uno podría contentarse haciendo constar que la posición de la C.N.T.-F.A.I. no está de acuerdo con los principios anarcosindicalistas, que era deficiente e inadmisibles, y listo.

Pero la vida no es tan simple. El anarcosindicalismo en España, antes, demostraba, esencialmente, sólo la fuerza negativa de sus métodos de lucha contra la sociedad capitalista. A causa del 19 de Julio, por primera vez llegó a una situación en la cual podía demostrar su aspecto positivo, socialconstructivo, al mismo tiempo que su método agresivo y destructivo. Por primera vez, el anarcosindicalismo tuvo que comprobar su solidez y la exactitud de sus ideas. El anarcosindicalismo no puede, como ninguna otra teoría, pretender poseer la verdad absoluta en una teoría social perfecta e infalible. Por la revolución española, el anarcosindicalismo salió del mundo abstracto de las teorías para entrar de lleno en el mundo concreto de la realidad. En el conflicto, que ahora surge, entre la teoría y la realidad, debe comprobarse la solidez de la primera. Pero es la realidad quien decide sobre la teoría, y no la teoría que decide soberanamente sobre la realidad.

Para nosotros, que vivimos en el extranjero, a centenares de millas de distancia del escenario de los acontecimientos históricos, es frecuentemente difícil distinguir entre lo que realmente pasa y la apariencia de las cosas. Esto nos obliga a formar nuestros juicios con alguna reserva.

Nuestras afirmaciones no pueden ser absolutas. En muchos puntos, hemos de atenernos a cálculos y suposiciones. Es necesario destacar esto claramente e imponernos muchas reservas para evitar toda interpretación equivocada.

La interpretación de los acontecimientos históricos, tal como nos ha sido entregada a nosotros, es aproximadamente la siguiente: la revuelta militar el 19 de Julio 1936. El aplastamiento extraordinariamente rápido de esta revuelta en Barcelona y Cataluña, por los trabajadores. El poder gubernamental queda inactivo. La iniciativa está en las masas y en los camaradas de la C.N.T.-F.A.I. Los trabajadores se hacen dueños de la industria, la colectivizan y la ponen bajo el control de los sindicatos. Expropiación de las grandes fincas, colectivización de las mismas y, en cierta medida, también la de las pequeñas propiedades rurales. El transporte terrestre y marítimo, correo, telégrafo, teléfono, la organización escolar, la sanidad, etc., son colectivizados y controlados por los sindicatos. Al mismo tiempo se crea, por los obreros y bajo el control de los sindicatos, un ejército de milicias. Fundación de Comités de Milicias bajo el signo de la colaboración con la U.G.T. y partidos políticos. Creación de un Consejo de Economía bajo la misma colaboración. Depuración de los cuerpos policíacos y reorganización de los mismos bajo órganos de control revolucionarios. La vida política y económica está casi totalmente controlada por los sindicatos y los órganos creados en colaboración con los partidos políticos. La cama-

rilla militar contrarrevolucionaria es suprimida con rapidez inaudita por el principio de una revolución social.

Por la nueva vida económica y las actividades políticas que han sido traspasadas al movimiento revolucionario, el Estado catalán empieza a ser disgregado. El gobierno ya no tiene poder real. Quizá sólo todavía algún poder nominal. Un Estado sin instituciones de coerción y de violencia ya no es un Estado. En todo caso, sólo lo es de nombre. Ya no puede actuar como Estado. El gobierno catalán ya no dispone del aparato militar. El gobierno tampoco dispone ya de los órganos policíacos, los que igualmente se han puesto bajo el control de los órganos revolucionarios. El Estado está sin poder y el gobierno impotente. Companys trata de crear un nuevo aparato militar, haciendo llamar a filas unas quintas para crear un nuevo ejército estatal y hacerlo acuartelar, mandar y adiestrar por oficiales devotos al Estado. Las quintas llamadas a filas en Barcelona acuerdan no dejarse alistar en este ejército, sino incorporarse a las formaciones de milicias controladas por los sindicatos y los órganos de los movimientos revolucionarios.

El gobierno catalán ha sido privado de una función tras otra y queda impotente a causa de la organización de la vida productiva por los sindicatos, del control de los servicios públicos y el transporte por las mismas organizaciones, del control revolucionario del aparato policíaco, de las patrullas obreras, de la ausencia de un propio aparato policíaco y militar, de la administración obrera del nuevo aparato militar de las milicias. El Comité de Milicias y el Consejo de Economía tienen el poder en sus manos y trabajan para la revolución. Ciertamente, el Estado no está liquidado totalmente, pero solo ha quedado un rugimiento de él. La liquidación del Estado ha empezado, y la liquidación progresiva, hasta su total disolución, debe perseguirse de acuerdo totalmente con las ideas anarcosindicalistas si el movimiento revolucionario quiere continuar la obra iniciada.

Pero la línea del desarrollo revolucionario es rota. En Barcelona se forma un nuevo gobierno. Quizá se cree que éste último corresponde más al carácter de un consejo revolucionario que al de un gobierno autoritario. Pero este engaño de sí mismos, no puede ser mantenido mucho tiempo por los revolucionarios. La Generalidad toma las formas de un gobierno con toda su acostumbrada actividad gubernamental. La C.N.T.-F.A.I. ayudan a la formación de este gobierno y ofrecen sus representantes para el mismo. Con una generosidad poco conveniente, la C.N.T.-F.A.I. renuncian a la posición mayoritaria que les correspondería, obrando así en favor de los representantes de la U.G.T., de partidarios de dictaduras marxistas y de partidos burgueses. Esto, una vez consumado, es el principio del sacrificio suicida y de la contrarrevolución, y desde entonces se proclama que la CNT-F.A.I. no pueden hacer la revolución «totalitaria».

Esta es la interpretación de los acontecimientos históricos que probablemente fué dada a la mayoría de los compañeros en el extranjero.

Para nosotros la cuestión es: ¿esta aceptación del Estado y del gobierno — aunque debiera tener un carácter meramente provisional — fué en realidad la única salida de la C.N.T.-F.A.I. en la situación dada? Tenemos nuestras dudas en este punto; pero si ésta fué la única salida, si otra actitud no era posible, entonces: ¿no deben considerarse estos acontecimientos como una prueba de la insolidez de la teoría revolucionaria y anarcosindicalista? Y en semejante caso, ¿no debemos admitir francamente que nuestro movimiento ha fracasado ideológicamente? Y si la táctica empleada era inevitable, ¿no debe esto llevarnos a la conclusión de que el Estado no puede suprimirse de ninguna manera?

Permítaseme, primero, una observación. En el momento en que se discutía todavía la cuestión de la participación gubernamental en Cataluña, la C.N.T.-F.A.I. estaban aún en condiciones de tomar ellas solas el poder si querían. Esto ha sido afirmado varias veces. Pero esta idea se ha rechazado lógica y consecuentemente porque incluía la realización de una dictadura de la C.N.T. y F.A.I. Y lo que es más despreciable desde el punto de vista anarcosindicalista es la dictadura, no solamente la dictadura de otros, sino también la propia. En lugar de ella se optó, como creían los compañeros, por una solución «democrática», aceptando la colaboración gubernamental.

Pero un gobierno en estado de guerra siempre tiene que llegar a ser un gobierno de dictadura. Llámese democrático, liberal, socialdemócrata o como quiera, será un gobierno dictatorial. Gobierno por medio de decretos, que publica con pleno poderío. La C.N.T. y la F.A.I., pues, acordaron aceptar un sistema de dictadura estatal y gubernamental, que en su médula ha de ser contrarrevolucionario, y llegaron a esta conclusión para no verse obligados a realizar su propia dictadura. Esto es ciertamente noble, pero apenas fiel a las ideas.

Sin embargo, ¿puede decirse que esta solución trajo mayores ventajas para el movimiento socialrevolucionario y para la guerra contra el fascismo? Probablemente se dirá que fué una ventaja para la guerra antifascista, pero entonces queda lo que considero también como un hecho: que se rechazó una forma de la dictadura para aceptar otra. Si la línea adoptada era la única posible, surge la pregunta de si el movimiento estaba o no obligado a un cambio de su posición frente a la toma del poder y de la dictadura. Son muchas cuestiones y problemas que hay que esclarecer en nombre de la lógica.

Ya he mencionado la cuestión siguiente: si se ha de aceptar, obligadamente, el Estado y el gobierno, formando parte de este último, ¿no se ha de llegar a la conclusión de que el Estado no se puede suprimir de ninguna manera? Si se acepta el Estado, sea como un medio para la dictadura o para una reforma lenta de la sociedad, la experiencia hecha en otros países, donde se sigue una de estas dos líneas, nos comprueba que el Estado es cada vez más fuerte. En Rusia se ha seguido el camino de la dictadura estatal. La dictadura sólo debía ser un período de transición. Pero la dictadura llevó hacia lo inevitable: crea-

ción de una nueva clase de amos que utiliza el Estado para conservar su posición de poderío. La extinción del Estado prometida por el bolchevismo, no llega nunca. El desarrollo de la dictadura estatal se mueve dentro de un círculo: 1. Revolución, para suprimir las clases y conquistar la libertad. 2. Fundación de un poder estatal proletario, como medio para realizar este objetivo. 3. El Estado proletario produce una nueva clase de amos (burócratas del Estado, funcionarios del partido, dirección militar y de la checa, etc.). 4. La nueva clase de amos, teniendo el aparato estatal en sus manos, lo consolida y lo asegura para poder conservar su posición privilegiada. 5. Se vuelve otra vez al punto de partida y se hace una nueva revolución para que pueda ser creado un nuevo «Estado proletario». Así hay un nuevo movimiento en forma de círculo hasta la producción de una nueva casta de amos y otra revolución, no llegándose así nunca a la supresión de las clases y a la conquista de la libertad. Si no se puede liquidar totalmente el Estado dentro de la revolución y por medio de la misma, entonces nunca llegaremos a ser libres de él.

En los países donde se ha aceptado el Estado como instrumento de reforma para llegar al socialismo, aceptándolo para realizar, a través de él, el comunismo libre, y haciendo propaganda con el fantasma del Estado que va extinguiéndose lentamente, el Estado reformador ha sido sustituido por el Estado dictador, como en Alemania, por ejemplo — y esto es la esclavitud perfecta, — o bien se ha sacrificado el socialismo, como en los países escandinavos en general, contentándose con reformas dentro del sistema capitalista. Allí se empieza a considerar el Estado ya no como una cosa que ha de ser liquidada, sino, al contrario, como una suprema expresión de la «libertad». En uno y en otro caso sólo se ha llegado a acentuar la falta de libertad que es la esencia del sistema estatal.

Pero la C.N.T. y la F.A.I. no han entrado en el gobierno para renunciar a su posición adversa al Estado. Si entiendo bien sus motivos, se creía poder defender mejor los intereses de la revolución dentro del gobierno que fuera del mismo. Esto, en principio, significa aceptar el punto de vista socialdemócrata; significa, además, renunciar al método de la acción directa, la cual es una parte integrante de las concepciones sociales del anarcosindicalismo. Pero tal actitud, lógicamente, produjo la obligación de aceptar todo el sistema teórico político-parlamentario-reformista. Probablemente, esto era posible hasta conservando la acción directa como complemento de la acción político-parlamentaria. Pero una combinación de la acción directa con la acción parlamentaria tampoco es en todas partes extraño a la socialdemocracia. Sólo hay que hacer constar una cosa, comprobada por la experiencia también: que la acción directa en estos casos es lentamente ahogada por la actividad político-parlamentaria, y que así se secan todas las tendencias revolucionarias, muriendo éstas, finalmente, por consunción.

Al principio, la C.N.T. y la F.A.I. no han abandonado su posición adversa al Estado. Defienden todavía la opinión de que el Estado

debe ser liquidado. En buena lógica, esto es incomprensible. ¿Cómo se puede conservar una actitud antiestatal, aceptando lo que se quiere suprimir? Estas son las consecuencias que hay que tener en cuenta.

Si nuestra concepción de un proceso revolucionario en Cataluña es sólo medianamente justa, si en efecto el Estado catalán carecía de todo poder y ya no tenía ningún aparato de gobierno a su disposición, si el control sobre la vida pública, política y productiva había pasado a los sindicatos y órganos revolucionarios, si todo el aparato estatal se encogía como un globo deshinchado, entonces debía ser lógico aceptar este Estado entregándole así un nuevo poder y un nuevo contenido. Esta aceptación del Estado apenas puede caracterizarse de otro modo que como paso contrarrevolucionario.

El Estado, herido a muerte y moribundo, recobró una vida nueva por medio de la participación gubernamental de la C.N.T. y de la F.A.I. Las mejillas huecas de este Estado volvieron a estar gordas, y su color pálido desapareció. Volvió su sentimiento de poder. La transfusión de la sangre fresca de la C.N.T. y F.A.I., practicada en el cuerpo de este Estado medio cadáverico, le dió nuevas ganas de gobernar, de ser potente, de utilizar su poder sobre las masas y dominarlas.

La C.N.T. y la F.A.I. le entregaron nuevos alimentos al monstruo. El Consejo de Economía llegó a ser una institución estatal. El Comité de las Milicias tomó el mismo camino. La sangre embriagada de la clase dominante circulaba por las venas del Estado. Las milicias fueron militarizadas. El Estado comenzó su ataque contra las conquistas revolucionarias. La libertad del comercio fué un regalo para el sistema de beneficios de la pequeña burguesía. El Estado sistematizó su resistencia por medio de muchos golpes contra el sistema colectivista. Bajo la protección del Estado, la capa contrarrevolucionaria de la población se creó una posición cada vez más fuerte. El Estado, que nunca puede ser un instrumento de la revolución, pero sí de la contrarrevolución, se hacía cada vez más fuerte. Y al mismo tiempo que el Estado se reforzaba, se debilitaba la posición de las fuerzas revolucionarias. El Estado se creó un cuerpo de policía bastante fuerte. Las milicias fueron convertidas por el también en un aparato estatalmente adiestrado y mandado que no estaba ya bajo el control de los trabajadores, sino bajo el del gobierno. Con su crecimiento, el gobierno se convirtió cada vez más en el enemigo de la revolución social.

Naturalmente, la situación era mucho más difícil para la C.N.T. y la F.A.I.

En semejante situación era sumamente difícil actuar acertadamente. Es mil veces más fácil criticar. Todo esto lo quiero reconocer modestamente. Los camaradas anarcosindicalistas españoles no sólo vivían en su Estado propio, sino en un sistema de Estados, en el cual vivimos y actuamos todos. Esto quiere decir que la clase obrera española no pudo contar con poder arreglar las cuentas a sus clases pudientes ella sola y aisladamente: en este caso el problema hubiera sido mucho más sencillo. En efecto, los españoles luchaban y siguen luchando no sola-

mente contra los amos de su propio país, sino también contra el fascismo internacional, que es sostenido por el capital internacional. No sólo habían de luchar contra el ejército regular español y los fascistas españoles, contra legionarios extranjeros y marroquíes, sino, además, contra el ejército italo-alemán, que tenía tras sí los poderes estatales de Italia y Alemania. Tengamos en cuenta, también, que bajo el nombre de la no-intervención se organizó el bloqueo de armas contra la España republicana, ayudada positivamente desde el principio y hoy todavía por los movimientos obreros socialistas, siendo los movimientos anarcosindicalistas en el extranjero demasiado débiles para poder emprender alguna acción importante. De este modo la clase obrera española fué dejada sola, para luchar desesperadamente contra una formidable superioridad de fuerzas internacionales. En esta situación, la C.N.T. y la F.A.I. tuvieron que actuar en una forma que evitara el conflicto interno de las propias fuerzas del país. Tuviron que colaborar y reunir todas las fuerzas disponibles para la guerra contra el fascismo internacional. Esta fué, en líneas generales, la situación violenta a la cual la C.N.T. y la F.A.I. habían de adaptar su táctica y sus actividades.

Creemos poder comprender todo esto, más o menos. Pero, sin embargo, quizá no comprendemos toda la amplitud de las dificultades que se acumulaban. A pesar de todo, consta el hecho de que por la participación gubernamental de la C.N.T. y F.A.I. fueron entregadas fuerzas nuevas al Estado y los enemigos de la revolución. Se ayudó al enemigo de la clase obrera en la reconstrucción de su instrumento de poder llamado «Estado», el cual irremediablemente debía llegar a ser el punto de concentración de todas las fuerzas contrarrevolucionarias que se dirigían contra la revolución para liquidarla. De este modo, las mismas fuerzas revolucionarias colaboraban en la construcción del garrote vil que debía servir para ahogarias.

Reconocer el Estado como mal inevitable en una situación dada, es una cosa. Pero otra cosa es la colaboración activa en la reconstrucción de este poder contrarrevolucionario y permitirle así intentar la liquidación de la revolución, y esto nos parece, a muchos de los camaradas extranjeros, un método incomprensible del todo. Si había que arreglarse por las buenas con la existencia del Estado, entonces, como mínimo, la C.N.T. y la F.A.I. no debían colaborar activamente en la reconstrucción del mismo. Parece que la C.N.T. y la F.A.I. hubieran podido defenderse mejor aprovechando las conquistas revolucionarias fuera del poder gubernamental, haciendo presión por medio de sus fuerzas organizadas, a base de sus medios propios y el control sobre la parte esencial del país, o sea la industria y la agricultura.

Muchos camaradas en el extranjero se preguntan también si no hubiese sido posible tomar, en un momento determinado, la iniciativa para concentrar las fuerzas revolucionarias contra el Estado burgués. ¿No era posible, por ejemplo, crear una nueva expresión del poder por medio de la convocación de una representación de consejos de obreros,

campesinos y soldados, un poder que no había de caer en manos de la burguesía contrarrevolucionaria? Semejante asamblea, ¿no hubiera podido movilizar a las masas obreras y campesinas de un modo que hubiera salido de ella una nueva forma de vida para todas las fuerzas socialrevolucionarias que querían un verdadero cambio social? ¿No se hubieran podido separar de la U.G.T. considerables masas por medio de un llamamiento semejante, masas que después hubieran crecido cada vez más? Y con un éxito en este sentido, ¿no hubiera sido posible pasar por encima de la burocracia de la U.G.T. y de las intrigas partidistas que más tarde impidieron la alianza revolucionaria? ¿Y no se podía arrastrar así especialmente a la masa campesina, creándose de este modo una base revolucionaria de masas que hubiera hecho imposible todo sabotaje contrarrevolucionario? ¿Y no hubiera obtenido el anarcosindicalismo, dentro de este nuevo poder, una influencia dirigente y decisiva?

Todas las revoluciones y tentativas de revoluciones que siguieron a la guerra mundial fueron estorbadas y echadas a perder por el poder del Estado y de los gobiernos. Esto vale también en el caso en que eran socialistas los que se encargaban del poder y de la administración del aparato estatal, fuese un estado viejo u otro nuevamente creado. La revolución rusa condujo hacia la formación de un Estado nuevo que fue presentado como una garantía para evitar que el viejo Estado burgués impidiera el desarrollo revolucionario. Conocemos el resultado. Quizá no haya ningún país del mundo donde la libertad sea tan mutilada como en Rusia. La esclavitud feudal fué reemplazada por la esclavitud estatal. El sistema económico allí edificado no puede llamarse socialismo, sino posiblemente capitalismo de Estado. Las masas obreras y campesinas están absorbidas por él en tal grado que no hay comparación posible con ningún otro país europeo. El nuevo Estado ha matado el socialismo. Probablemente allí un cambio sólo es posible por medio de una nueva revolución, que hará « tábula rasa » con el sistema autoritario. En Alemania — que es el otro gran ejemplo — después de la revolución del 1918 la socialdemocracia se encargó del poder. Cuando unos elementos revolucionarios querían hacer pasar del terreno político al económico la revolución, fué otra vez el Estado quien salvó la sociedad capitalista. Después se quería ir el camino de la « democracia » y del reformismo. También aquí el Estado mató la revolución y el socialismo. Y este desarrollo se prosiguió hasta la liquidación total de todo el movimiento obrero por el fascismo, el fascismo que hoy es combatido tan heroicamente por los camaradas españoles.

Apenas podrá haber una diferencia de opinión sobre el actual régimen español. La misma CNT lo designa como contrarrevolucionario. No será injusto considerar el gobierno Negrín como instrumento del capitalismo liberal anglofrancés para la reconstrucción del sistema capitalista en España. Ante el público anglofrancés Negrín ha asegurado en varias interviews de prensa, que la España republicana no tocaría al privilegio de la propiedad privada. Tampoco puede haber una dife-

rencia de opinión en reconocer que este régimen tiene un carácter dictatorial, igualmente como un significado contrarrevolucionario. El sabotaje sistemático de las empresas colectivizadas, los decretos contra las colectivizaciones destacan el progreso ininterrumpido de la contrarrevolución, la cual parte desde las posiciones conquistadas con ayuda del Estado como órgano ejecutor.

Pero no tienen la CNT y la FAI también una participación considerable en la creación de esta situación? No han contribuido sumamente, por medio de su aceptación del Estado y del gobierno, a reconstruir el prestigio del sistema autoritario en las masas? ¡No es la frescura cada vez más amenazante de la contrarrevolución la consecuencia en parte de la posición de la CNT y FAI?

Se nos ha dicho que la colaboración de la CNT y FAI en la guerra era necesaria, incondicionalmente. Si, ¿pero era necesario esto por medio de la colaboración gubernamental? Si se consideraba necesario así, ¿no se podía dirigir al gobierno una declaración clara y abierta de la CNT y de la FAI, afirmando que la CNT y la FAI, después de haber sido las primeras en el combate, en la organización de la defensa, y de haber obtenido los primeros éxitos en la lucha, seguirían colaborando lealmente en la guerra contra el fascismo, pero que bajo ninguna condición tolerarían un ataque contra las conquistas revolucionarias, las que sabrían defender con todos sus medios disponibles? Tal actitud hubiera imbuido más respeto a la clase burguesa, me parece, que la participación en el gobierno y la colaboración en la confección de leyes con ayuda de las cuales la contrarrevolución pudo condenar a más de diez años de prisión a nuestros camaradas por sus actividades revolucionarias. Me parece que en todo caso todavía tienen validez las tesis del anarcosindicalismo que dicen que la fuerza de la clase obrera no está en sus representantes políticos, sino en su organización y en la capacidad de acción de los trabajadores mismos.

¿Y no nos demuestra el caso de España que las fuerzas revolucionarias son admitidas con mucho gusto en el gobierno para garantizar el orden y la tranquilidad, hasta el momento en que la contrarrevolución recobra bastantes fuerzas para echar nuevamente del gobierno a los representantes de la CNT y FAI?

Sabemos bien que los camaradas con cargos responsables tenían motivos de peso para su actitud, y que no han actuado sin reflexionar intensamente. Pero nos falta la verdadera comprensión para los motivos que originaron realmente la participación en el gobierno, primero en el catalán y después en el central. Tenemos la mejor buena voluntad de comprender, y sería una gran ventaja para nuestro movimiento que nuestros camaradas españoles nos diesen una explicación tan clara como fuera posible de su actitud.

Albert JENSEN, S.A.C., Suecia,

En Marzo de 1938

La C. N. T.

en la Revolución española

Modificaciones tácticas impuestas por la realidad

Por Manuel Villar, Valencia



En el movimiento libertario internacional ha producido sorpresa la posición adoptada por la C.N.T. a lo largo del conflicto español. Cabe advertir que los propios camaradas españoles no hubieran concebido, antes del 19 de Julio, el desarrollo de una posición semejante. La C.N.T. se mantenía en la línea de los procedimientos tácticos libertarios con una fidelidad que no cedía en intransigencia a la que observan los restantes movimientos adictos a la Asociación Internacional de Trabajadores. ¿Qué ha ocurrido para que esa actitud se modifique? ¿Es que los militantes de la Confederación se apartan del anarquismo? ¿Son captados por otros principios que aquel al que dieron durante más de medio siglo su sangre y sus energías? A éstas preguntas nos proponemos contestar con la máxima precisión y claridad.

Un movimiento como el nuestro, que hunde sus raíces en el siglo pasado, que cuenta con millares y millares de militantes desparados por todo el país, que no obedecen a otra dirección que la que trazan sus propias decisiones colectivas, nutrido por los principios mas puros del anti-autoritarismo, no puede transformarse de la noche a la mañana en una organización de métodos e ideología distinta. Continúa siendo la C.N.T. de siempre, y todas las posibilidades de desarrollo libertario en el orden internacional se vinculan hoy, más estrechamente que nunca, a nuestra propia vida y a la victoria del proletariado español sobre el fascismo. El hecho de que la C.N.T., toda su inmensa militancia formada al calor de las ideas de libertad, haya decidido con espontánea unanimidad los cambios

tácticos que han llevado la confusión a algunos espíritus más allá de nuestras fronteras, debe servir de motivo de profunda meditación a los camaradas de todos los países.

Hay que comprender de una vez para siempre que esos cambios de táctica que no afectan al contenido finalista de nuestros principios son hijos de la más imperiosa necesidad. O el movimiento libertario español procedía de ésta manera, salvándose y salvando el porvenir de nuestra revolución, — que no puede ser considerada desde un punto de vista abstracto, sino en absoluta e inderrotable unidad con los órganos que han de provocarla y desarrollarla hasta sus extremas consecuencias — o de lo contrario se desplazaba a sí mismo de la órbita de influencia sobre la vida del país, liquidando las posibilidades abiertas desde el punto de vista libertario. O estar en todas partes con nuestra actividad y energía constructiva, o inhibirse abandonando a los demás la dirección del período revolucionario abierto por el proletariado el 19 de Julio, haciendo en este caso estéril el sacrificio de los caídos frente a los cuarteles y en las trincheras de la libertad, renunciando, al mismo tiempo, en el momento culminante, a recoger los frutos de más de medio siglo de siembra de ideas, de lucha y de organización del proletariado. Los escrúpulos tácticos y doctrinales no podían impedir que en la vorágine de la lucha y de los hechos que se precipitaban con celeridad pasmosa, nuestro movimiento, un movimiento templado en la batalla, vacilase en la elección de los medios *impuestos por las circunstancias*. Había que obrar conforme a los hechos, teniendo en cuenta que no éramos nosotros los únicos actores del drama, y se obró.

Las revoluciones desbordan la metodología elaborada y aplicada en tiempos de paz. *El momento en que se desploma una sociedad y entra en acción el complejo de todas las fuerzas revolucionarias — desde las más templadas a las más extremistas — tiene exigencias propias*. No pueden entonces los revolucionarios detenerse a considerar si lo que hay que hacer está o no de acuerdo con los viejos cánones. Serían arrastrados por los hechos; devendrían, en lugar de fuerza orientadora, en una fuerza sin vida y sin influencia. Se plantean situaciones no previstas. Para cada una de ellas hay que buscar una solución urgente. En esos momentos vale más la energía para obrar sin vacilaciones — guiándose por el sentido práctico y en la forma más aproximada al ideal perseguido — que el conocimiento exacto de todos nuestros teóricos y de las reglas clásicas de acción.

Si algún reproche puede hacerse a la C.N.T. este sería el no haber comprendido de inmediato que había que actuar en política, que había que ir al Poder; el haber dejado pasar dos meses, de Julio a Septiembre de 1936, sin comprender que la disyuntiva estaba planteada sin derecho a opción. La fidelidad a las tácticas de antes de la Revolución; el pensamiento de que nosotros podíamos influir mejor sobre los destinos de España desde la calle y desde los centros

de trabajo colectivizados, — mientras los republicanos y marxistas tomaban el Poder —, actuó como freno momentáneo en la adopción de las actitudes que más convenían, no solo a la C.N.T., sino a los destinos históricos del proletariado en su conjunto. Las decisiones de los Plenos de Septiembre, que abrieron el camino a la entrada de la C.N.T. en el Gobierno en Noviembre, hubieran sido de formidables resultados en Julio. Tenemos derecho a pensar que España ofrecería al mundo una perspectiva revolucionaria más acentuada si al llegar el 19 de Julio la C.N.T. hubiese previsto lo que iba a acontecer y estuviese preparada para actuar en lo económico, en lo político y en lo social, aportando soluciones prácticas a todos los problemas e imponiéndose por su capacidad de organización y de iniciativa. De ahí que sostengamos que la fidelidad a los métodos tácticos anarquistas de la prerevolución, tan caros al movimiento español, nos impidió actuar con la urgencia precisa en los primeros instantes. *Uniendo a nuestra temible acometida, a nuestras potentes masas, la agilidad mental que nos permite actuar hoy conforme a la realidad y dar forma orgánica y constructiva a nuestras experiencias de 20 meses, podríamos el 19 de Julio haber llevado a España mucho más adelante.*

Sintetizando, diremos que la C.N.T. se vió impelida a participar en el Poder precisamente para evitar que la revolución entrase en la vía de regreso hacia las formas de la República burguesa; para evitar la agresión a las conquistas de los obreros y campesinos; como ocurre ahora; para evitar que la guerra fuese conducida con criterio de capilla y el Ejército se transformase en instrumento de un solo sector, para eliminar el peligro de dictadura e impedir totalitarismos de tendencia en todas las manifestaciones de la vida económica y social. En una palabra, para precipitar la victoria y desarrollar todas las posibilidades de desenvolvimiento constructivo y de libertad.

¿Existía otro camino para lograr esos mismos resultados? Esto es lo que vamos a examinar dentro de las limitaciones de espacio impuestas por un artículo. Conviene no perder de vista como se produjo el 19 de Julio, y las fuerzas que intervinieron en la lucha contra el fascismo.

En primer lugar, el 19 de Julio es un hecho impuesto por nuestros adversarios tradicionales del campo reaccionario. No es una revolución preparada por los anarquistas. Es decir, no tomamos nosotros la iniciativa, no tenemos plan de organización ulterior; es el fascismo quién nos obliga a salir a la calle en actitud de defensa. No es, por lo tanto, la revolución total para la que el proletariado elige el momento y las circunstancias más favorables, — previa su preparación metódica en todos los órdenes — llevada a cabo con sus exclusivas fuerzas y cuya victoria no estaría obligado a compartir con nadie. El proletariado respondió a la provocación fascista y del choque se derivó la situación revolucionaria que todos conocemos.

En segundo lugar, la C.N.T., a pesar de la enorme importancia de su fuerza y del insuperable arrojo de su militancia no estaba sola en la lucha contra el militarismo sublevado. A su lado se encontraba la U.G.T. y con ambas, toda la gama del antifascismo que abarca desde los partidos marxistas a los republicanos de izquierda, cobijo estos últimos de la pequeña burguesía liberal. La batalla fué decidida, naturalmente, por el proletariado. Sus fuerzas constituyeron el bloque formidable que aplastó a los militares en sus cubiles en media España. Todas estas tendencias estaban obligadas a seguir luchando colectivamente hasta el fin. Pensar en otra cosa hubiese sido insigne locura. Veamos:

¿Podía la C.N.T. pensar en hacer su revolución, la revolución anarquista? Evidentemente nó, sin entrar en lucha violenta con los demás sectores. ¿Había que desencadenar esta lucha o, por el contrario, el supremo deber del momento era organizar las milicias para caer sobre el fascismo y derrotarle en toda España? Esto último fué lo que hizo la C.N.T. Lo primero hubiera sido un suicidio y una traición a los propios objetivos de la lucha. ¿Destrozarse recíprocamente cuando todas las fuerzas unidas no eran suficientes para organizar la segunda fase de la batalla contra el fascismo, que en ese momento pedía ayuda a Italia y Alemania? Por otra parte ¿hubieramos sido capaces de vencer contra todos? ¿No era probable nuestra eliminación física como movimiento, y con ella la muerte de todas las posibilidades libertarias en el presente, y quizás en el porvenir?

Desde el punto de vista de una revolución no libertaria en su espíritu total, pero sí de sentido marcadamente proletario, las posibilidades eran mayores pero se carecía de la preparación adecuada para desarrollarla. El proletariado unido, esto es: la C.N.T. y la U.G.T., podían atreverse a reivindicar para los Sindicatos la dirección de la lucha. Nada ni nadie hubiera podido oponerse al conjunto de la clase obrera. Pero las Centrales proletarias marchaban cada una por su camino, malogrando así la posibilidad de dar a la revolución más amplitud, más profundidad, y órganos de dirección emanando de los Sindicatos.

La solución era esta y no otra, ya que ambos movimientos, con fuerzas numéricas equilibradas, con zonas de influencia propias, se necesitaban mutuamente, no podían eludirse y mucho menos pensar en dominar el uno sobre el otro. Desgraciadamente, el 19 de Julio aún no habían madurado las condiciones que hicieran posible esta realidad.

Mientras tanto, el Estado se iba reconstruyendo. Y en la medida en que esta reedificación se producía con el apoyo de todos, después de su eclipse parcial en Julio, este tomaba en sus manos la dirección de la guerra. El marxismo pasó a ser su base. La C.N.T. hizo cuantos esfuerzos pudo para que se constituyese un Consejo Nacional de Defensa como órgano director de la lucha y de la reconstrucción del

país, integrado por representantes de todas las tendencias en proporción al volumen de cada una de ellas. Elaboró a este objeto un programa de acción (mediados de Septiembre de 1936) en el que figuraban como objetivos principales a lograr por el Consejo de Defensa: El Mando Unico; constitución del Comisariado de Guerra; constitución de la Milicia de Guerra con carácter obligatorio; creación de la Milicia Popular Unica para fines de Orden Público en la retaguardia; usufructo por los Sindicatos Obreros de los medios de producción y cambios socializados; planificación de la Industria y de los cultivos más importantes; lucha por la paz a base de la acción internacional del proletariado; reconstrucción de España sobre bases federalistas, y otros puntos de menor importancia. De acuerdo con éste programa los Ministerios quedarían transformados en Departamentos del Consejo Nacional de Defensa, configurados del modo que las circunstancias aconsejasen.

Tal programa tenía por punto de partida la necesidad de dotar a España de órganos nuevos que correspondiesen a la naciente estructura económica colectivista y a la renovación producida en todos los órdenes de la vida política y social. Pero no bastaba que la C.N.T. fuese de ésta opinión. Los demás sectores representados en el Gobierno, optaron por seguir adelante sin hacer caso a nuestras sugerencias.

Nos encontramos cara a cara con una realidad que no podíamos torcer. Y como con realidades se hace la historia, y como la guerra era una realidad que lo desbordaba todo, que saltaba por encima de los dogmas, la C.N.T. no vaciló en cortar el nudo gordiano. O dentro, o fuera. O con las normas que durante años y años se consideraron infalibles, pero que no resolvían el problema de la continuidad revolucionaria, que dejaban en manos del marxismo la administración de la victoria colectiva y del propio sacrificio de la C.N.T., o dejar de lado esas normas y adoptar la línea táctica que las excepcionales y gravísimas circunstancias aconsejaban. Se optó por lo último, con muy buen acierto. Lo contrario significaba aislarse, después de haber sido la fuerza de choque de la revolución. El Estado empezaba a legislar y organizar conforme a los principios de los hombres que lo dirigían, sin pedirnos permiso y sin tener en cuenta nuestras opiniones.

En el orden militar, la guerra civil se transformaba en guerra de invasión. Y como a los Ejércitos perfectamente equipados y disciplinados del fascismo no se les podía contener con milicias independientes de organización y de partido, la única posibilidad de resistencia y de victoria que se ofrecía era crear el Ejército Popular con una dirección única. No éramos nosotros los llamados a elegir los medios; teníamos que replicar en la única forma en que podíamos hacerlo para salvarnos. Frente a un Ejército, otro Ejército más fuerte y mejor dotado. También en esto la consecuente fidelidad

a los principios antimilitaristas nos ocasionó más de un perjuicio. Al sabotaje sordo del Estado, que nos postergaba, que no tenía interés en que la C.N.T. mantuviese una influencia proporcional a su fuerza en la dirección de las instituciones armadas, se agregó la repugnancia de muchos compañeros a ocupar puestos de mando. Pero esos puestos no quedaban sin cubrir. Los comunistas se lanzaron a una desenfrenada carrera monopolizadora. Ocupaban cuantos mandos podían, con la vista fija en el futuro de España. ¿Podíamos andar con remilgos doctrinales? Si la C.N.T. *dejaba escapar de entre sus manos los resortes de la acción revolucionaria, la revolución misma sufría por esta disminución de nuestra influencia*. Y como la revolución era el objetivo, y la C.N.T. se contaba como uno de sus más poderosos factores determinantes, *lo más revolucionario era adoptar todas las decisiones que nos mantuviesen en el centro de gravitación política, económica y militar*. Podemos sentirnos satisfechos de que en la medida en que la C.N.T. se ha entregado a la formación del Ejército Popular, se ha logrado que éste responda a su finalidad, que sea el Ejército de la España antifascista, y no un simple instrumento en manos de la política particularista de un solo sector.

Pero además, la victoria revolucionaria estaba condicionada por la victoria en los frentes. Ante todo interesaba triunfar. Triunfar a toda costa, con todos los medios a nuestra disposición. Y he aquí que para lograr este resultado supremo, del que se derivan todos los demás, el único camino era y es vincular en la calle, en el trabajo, en la lucha y en la dirección del país, las fuerzas de todo el antifascismo. Formar el bloque de la victoria. Las gritas, las deficiencias, los falsos contactos, los vicios de proselitismo que se observan, son provocados por los sectores no libertarios. Nosotros estamos limpios de toda responsabilidad en este sentido. La Historia, al juzgarnos sabrá valorar el desinterés y la cuantía de nuestra aportación a la lucha. Trabajamos para vencer, no para fracasar.

El proletariado dió a la economía un fundamento distinto a partir del 19 de Julio. Las colectividades han suplantado al capitalismo. Pero estas conquistas de hecho han de serlo también de derecho. Mientras desde los más hondos y vitales estamentos de la vida del país afloran a la superficie instituciones nuevas, la vieja legislación capitalista sigue en pie y contiene en sí misma todos los gérmenes de retorno hacia el pasado. Para consolidar estas conquistas el proletariado necesita en España hacer acto de presencia en el Estado. Solo así la revolución será completada, impidiendo la dualidad entre los poderes constituidos y las conquistas del pueblo. No por que el proletariado se declare estatista, sino porque nadie al margen de sus organizaciones de clase tiene interés en reivindicar para él la dirección de la economía.

La C.N.T. no ha querido apartarse de la realidad. Sin renunciar a sus objetivos finalistas, adapta su táctica a las exigencias de la hora.

En esta capacidad de adaptación reside el secreto de su fuerza. Veinte meses después del 19 de Julio podemos constatar que la C.N.T. ha conservado y aumentado sus inmensas energías. Estas son de por sí una seguridad para la revolución en curso. Todo intento de vuelta del capitalismo contará con su oposición. Toda tendencia al desarrollo de las nuevas formas encontrará en la C.N.T. su más firme puntal. Las asechanzas y las provocaciones de nuestros adversarios ideológicos, ansiosos de eliminar lo que la C.N.T. representa como fuerza y como espíritu, se han desbaratado en toda línea; han terminado por convencerse de que la C.N.T. vive con España, con la guerra y con la revolución, sin que haya posibilidad de desarraigarla de la vida del país.

La C.N.T. es hoy más que nunca para el proletariado antiautoritario de todos los países, la mayor esperanza. Sus creaciones representan la puesta en práctica por primera vez en el mundo de una parte de nuestros ideales. Los Sindicatos, dueños de la economía, que dirigen por sí mismos sin tutelas políticas y sin intervención del Estado, han empezado a cumplir bajo los mejores augurios su finalidad histórica. Pero de éste aspecto de la revolución española nos ocuparemos en el próximo artículo.

Valencia, 13 de Marzo de 1938.

MANUEL VILLAR

El carácter actual y el objetivo de la guerra

Por Pierre Besnard, Paris



En crisis permanente desde el fin de la guerra de 1914-18, el mundo, transformado, está cambiando de aspecto.

Desde la conclusión de la paz de Versalles, que ya llevaba en sí los gérmenes de la guerra, y que hacía inevitables todos los conflictos que están surgiendo o preparándose, las democracias han sido incapaces de resolver los problemas de los cuales dependen su existencia y la vida de los pueblos.

Por su parte, las revoluciones, que habían hecho nacer tantas esperanzas, hoy destruidas, han abortado en todos los países. Basadas en unos principios que están en contradicción con la vida real, tanto colectiva como individual, han fracasado en todas partes, y poco a poco los países que las vieron estallar han entrado en los dos campos que se enfrentan hoy: el fascismo y la democracia.

El fascismo, doctrina nueva de gobierno en forma de capitalismo de Estado, que es la última forma del capitalismo moderno, ha podido adueñarse de Italia, Alemania, Austria y, en formas particulares, imponerse en toda la Europa central y balcánica, antes de tomar pie en la América del Sur y en el Oriente.

El fascismo tiende a implantarse en todas partes y llegar a ser, como dijo Bottai en 1926, un principio de gobierno universal.

La lucha, pues, está iniciada entre las democracias agonizantes y el fascismo en plena ascensión.

Este conflicto, hoy generalizado, habría podido ser cortado por una acción revolucionaria consecuente y racional de las masas, inter-

viniendo éstas a la vez, y según sus intereses, contra el uno y el otro de los adversarios.

Los dirigentes de los partidos políticos y de los sindicatos reformistas no lo han querido. Han preferido asociarse a la quiebra de las democracias que ha llegado a ser la suya también.

Hoy, por su culpa, el fascismo y las democracias se enfrentan solos, sin que los proletariados de todos los países puedan pretender otra cosa que la muerte o las cadenas de la esclavitud. Y hay que decirlo claramente: es el fascismo quien tiene la ventaja en todas partes, porque es atrevido. Pero lo que tiene más importancia, no es la existencia de esta lucha, sino su carácter mismo.

Debemos, en efecto, hacer cierto número de afirmaciones:

1.) Las guerras, hoy, tienen lugar sin declaración. Los ejemplos de Manchuria, Etiopía, España y China lo demuestran claramente.

2.) Es casi seguro que la guerra que amenaza, con su aspecto aero-químico y bacteriológico, llevará consigo, por una y otra parte, fuertes ataques contra la retaguardia por vía aérea. Según la opinión del mariscal Foch, «semejante guerra será incompatible con el gobierno de un país. Se puede deducir de esto que la guerra precederá a la movilización», y que puede que ésta llegue a ser imposible, al menos en las mismas condiciones que hasta ahora.

3.) Con el objetivo que le es asignado, la guerra no será nacional ni esencialmente militar, sino que llegará a ser, por la fuerza de las cosas, internacional y civil. Para expresar bien nuestro pensamiento, decimos que esta guerra será una guerra civil internacional, con intervenciones militares por cada parte. Habrá dos bloques, que representan dos concepciones que se enfrentan en cada país, ayudados por sus aliados de fuera, con una fuerza y una violencia desconocidas hasta hoy.

La guerra que se desarrolla en España tiene ya este carácter. En realidad, no son los gubernamentales y los franquistas quienes se enfrentan en el suelo ibérico, sino el fascismo y las democracias.

Podemos estar seguros de que una guerra europea, y sin duda mundial, acentuará todavía este carácter.

Semejantes afirmaciones deben hacer reflexionar profundamente a los trabajadores en general, y a los militantes en el particular.

Evidentemente, las soluciones preconizadas hasta ahora han perdido muchísimo de su valor, y están muy rebasadas.

Conviene, pues, repasar y superar la obra y considerar la cuestión nueva y exactamente, teniendo en cuenta todos los hechos del momento.

Ante todo hay que decir que la situación exige la unión en la acción de todas las fuerzas susceptibles de oponerse, sobre nuestro

plan, al ascenso del fascismo. Esto implica una regeneración vigorosa, inmediata y completa del movimiento internacional, que ha creído en la democracia y sigue, sin duda, creyendo todavía en ella.

¿Podremos obtener este resultado, o bien, por el contrario, debemos tomar acta de la desviación definitiva de la parte del movimiento que se ha unido a la democracia?

Un porvenir muy cercano nos lo dirá.

Si debiésemos contar solamente con nuestras propias fuerzas, es cierto que la situación sería muy grave.

En efecto, ¿qué hacer frente al peligro que nos amenaza?

Ciertamente, lo que haya que hacer hay que hacerlo con toda energía. Cualquiera que sean los obstáculos amontonados en el camino; cualquiera que sean las fuerzas malignas que se erijan contra nosotros; cual quiera que sea el concurso, hasta el más inesperado, que éstas puedan obtener, es absolutamente necesario que nuestro movimiento cumpla con su deber en todos los países: que sucumba sólo ante las fuerzas superiores, o que triunfe.

Para esto, hay que hacer lo que hasta ahora ha sido descuidado: aprovechar la lucha que opone el fascismo a las democracias para nuestro juego, nada más que para nuestro juego.

La A.I.T. y sus centrales, todos los trabajadores, cualquiera que sea actualmente su filiación, no tienen nada que ganar ni con el fascismo ni con la democracia.

Si las democracias ganan la batalla, quedarán tan impotentes como están desde hace veinte años ante los problemas de los cuales depende la vida de los pueblos.

Si el fascismo queda vencedor, sabemos lo que nos espera.

No tenemos, pues, alternativa: entre la peste y el cólera, la elección es imposible. Una y otro significan para nosotros la muerte.

Si hemos de elegir, que sea al menos entre la vida y la muerte. Así, tendremos algunas posibilidades, y si sabemos aprovecharlas, tal como merecen, quizá podremos vivir, y con nosotros el mundo.

¿Qué momento podría servir mejor para ver de realizar esas posibilidades que aquel en que nuestros dos adversarios emprendan una lucha a vida y muerte?

Quedan la hora y los medios.

¿La hora? Es sin duda la que será indicada por la entrada de todas las fuerzas de nuestros adversarios en esa lucha.

¿Los medios? Los que siempre hemos preconizado, y su empleo en el momento justo en que el ataque se produzca por los dos lados.

Es absolutamente necesario que nosotros seamos la fuerza que se hace dueña de la situación, puesto que ésta será tal como nuestra intervención decidirá desde el principio, no en favor de unos de los adversarios, sino de nuestro propio movimiento.

¿ Difícil ? Si, ciertamente. Nada es fácil, en nuestra época. Hay que estaren la altura de las circunstancias. *Esto es a la vez un deber y una necesidad.*

Todo este plan debe madurar. Y deberá ser empleado. Si no lo sabemos hacer, sucumbiremos sin combatir.

Las democracias están al final ; su quiebra es total. El fascismo, expresión del capitalismo de Estado, no puede en ningún caso representar la forma societaria del porvenir.

Queda como realizable, como capaz de dar soluciones reales a los problemas pendientes, solamente nuestra concepción de la vida. Esta hay que defenderla con toda nuestra energía y todas nuestras fuerzas, que definitivamente serán mucho más importantes de lo que nuestros adversarios suponen.

Numerosa es la ayuda que podemos recibir de todas partes. Seámosla atraer, y nada estará perdido aún.

¡ Animo, audacia, maestría y método !

Jugamos nuestra carta suprema. Juguémosla con todo nuestro corazón.

PIERRE BESNARD

De ayer a hoy

Enseñanzas de la España revolucionaria

Por I. Martí, Barcelona

Si fuese posible reunirlos todos, nos encontraríamos con un voluminoso archivo de documentos sobre la actuación popular del anarquismo español. De esto nos dan una idea clara la interesante obra de Anselmo Lorenzo, « El Proletariado Militante », los dos libros de Max Nettlau, « La Internacional y la Alianza en España » y « Documentos Inéditos », así como algunas monografías, diversas memorias y otros libros de menos firmeza documental que se conocen sobre el asunto.

A la vista de cuanto ha sido historiado sobre la actuación profunda e intensa de los anarquistas españoles durante setenta años, es como podría deducirse, previo un análisis sereno, la enorme diferencia a su favor de lo que estos enseñaron al proletariado internacional y de cuanto debieron aprender consultando las actividades y estudiando el desenvolvimiento de los revolucionarios que simultáneamente luchaban fuera del país.

El desarrollo de las ideas anarquistas ha seguido en los diversos países de Europa y América, un proceso diferente. Dos han sido las características más pronunciadas con que se ha manifestado el pensamiento libertario desde el nacimiento en Londres de la Asociación Internacional de Trabajadores : la idea pura, elaborada en especulaciones teóricas, forjada con la aportación de todos los conocimientos positivos, en concepciones filosóficas y en sistemas de doctrina y la aspiración superadora aplicada a la realidad viva de la vida social, tomada ésta en su complejo de sentimientos justicieros, inquietudes progresivas y descontentos populares.

La primera de estas manifestaciones ha tenido por receptáculo el vacío, ya que poco menos de esto representa el hecho de idear magní-

ficos proyectos y no plasmarlos después en fecunda realidad. ¡No nos ofrece constatación de este aserto la historia del pensamiento anarquista — por lo menos durante el transcurso de este siglo — en casi todas las naciones de Europa? Los anarquistas europeos, con limitadas excepciones, simbolizaron en conjunto la imagen del sembrador que, orgulloso de disponer de una preciosa semilla, en lugar de buscar tierra fértil para que se reproduzca, teme por la pérdida de ésta y la deposita con veneración en una vitrina. Apelando a otra figura, podemos asegurar con aquel pensador argentino, que los revolucionarios de la libertad en España han preferido en todos los momentos el torrente barroso de los campos al agua cristalina de la copa...

¿No llegaríamos ahondando en esta serie de consideraciones a la conclusión de que en haber seguido una trayectoria popular está contenido el secreto de que el anarquismo tenga raíces más profundas, y de que haya adquirido contornos de mayores proporciones en España y en Sudamérica?

Conviene no dejar en olvido al estudiar este fenómeno histórico, que la Sección Española de la vieja Internacional fué la más potente y dinámica y que su pensamiento liberador ejerció sobre los países Sud y Centroamericanos poderosa influencia.

Que las enseñanzas del movimiento revolucionario español han sido copiosas y de un valor incalculable, ningún militante del anarquismo internacional ha osado nunca ponerlo en duda.

Pero si el pasado es aleccionador, lo que debe preocuparnos siempre y ahora más que nunca es el presente.

De las dos actuaciones divergentes que según anotamos ha seguido la lucha social europea en España y en los demás países, se desprende fácilmente una reflexión filosófica: que la teoría ha situado a gran número de anarquistas del Continente, en un plano de rigidez dogmática, mientras que el anarquismo español, como cualquier movimiento libertario de matiz popular, sujeto indudablemente a las oscilaciones y a las complejidades de la vida, ha debido seguir un proceso evolutivo de aplicación del pensamiento libre a la interpretación y solución de los problemas que plantean los acontecimientos de cada día.

Es que, naturalmente, las ideas en mayor medida que los actos son de naturaleza estática. Porque, aunque resulta paradójico, el pensamiento busca siempre establecer sus límites en un sistema o en una utopía y la acción es siempre cambiante y no es posible seguirla y encauzarla sino atendiendo a todas sus fases con criterio constructivo y espíritu dinámico. Para operar sobre todas las contingencias de la vida social y más cuando ésta actuación debe producirse en un país convulsionado por una guerra de igual carácter, debe ser puesta la máxima atención en soslayar todos los peligros que podrían derivarse de posturas intransigentes, determinadas casi siempre por temperamentos herméticamente doctrinarios.

Es este terreno, camaradas del Exterior, en el que nemos debido emplazarnos los anarquistas españoles ante el imperativo brutal de nuestra guerra.

Se habían elaborado muchas fórmulas sociales en toda la articulación teórica de las doctrinas libertarias, pero a partir del 19 de Julio de 1936 se han interpuesto en el curso histórico de nuestra vida local un cúmulo de realidades imprevistas.

Repetidamente se nos ha preguntado deseando saber qué hemos hecho después del alzamiento fascista, para responder a la fidelidad de los « principios ». Una vez más debemos contestar interrogando por nuestra parte: ¿pudo la C.N.T. destruir el Estado?

Llevar a cabo la vieja aspiración en las circunstancias presentes, habría supuesto la necesidad de dominar revolucionariamente las demás corrientes. No podemos desconocer que desmontar el mecanicismo estatal requeriría también desarticular los partidos políticos que constituyen su base de sustentación.

Para lograr tal propósito se carecía de fuerzas y las condiciones psicológicas eran completamente adversas.

Quien hilvana estas líneas nunca se sintió propenso a mecerse en ilusiones especulativas. A pesar de esto, confieso que cuando venía a este país en el pasado mes de Julio, sentía gran indisposición contra muchas de las actitudes que había asumido el anarquismo en España.

Pero, la realidad española es mucho más compleja viéndola de cerca y viviendo en medio de ella, que cuando se mira desde fuera.

Si a todos los que nos condenan desde lejos les fuese posible venir aquí a participar de nuestras tribulaciones y a compartir nuestras inquietudes de cada hora, el juicio que habrían de formular sobre nuestra conducta, a priori les afirmamos que no sería tan arbitrario ni precipitado.

Tenemos la seguridad, la certidumbre completa, de que el 99 % de los camaradas que en tren de estudio viniesen a España, desvanecerían todas sus dudas y prevenciones sobre nuestra firmeza ideológica. En el 1 % restante quedarían los críticos impenitentes que en la Revolución española como en todos los problemas de alta enjundia sólo pueden encontrar un motivo de disquisición literaria.

Los corazones fríos, los forjadores de frases sonoras, únicamente pueden entusiasmarse con su propia retórica, afirmando entre otras cosas gratullas, que ha muerto el Quijote en esta guerra y es ahora su espudero Sancho quien dirige las operaciones en los campos de batalla...

A pesar de todo y lamentando la injusticia que se comete, no con nosotros, sino con este pueblo heroico, confesamos solemnemente nuestros respetos a cuantos nos censuran.

En legítima defensa ¿tendríamos derecho de hacer la crítica de los críticos? Antes que se nos conceda renunciarnos al propósito. Apemas nos limitamos a puntualizar: ¿Fuera de este país no pudo hacerse

más en auxilio nuestro ? Tampoco aquí nos fué posible dedicar mayores esfuerzos en beneficio de todos.

Sabemos muy bien — si se quiere afirmar el pensamiento de Bakunin — que «un Estado aunque se llamase diez veces del pueblo y fuese decorado en las formas más democráticas, será indudablemente sólo una prisión para el proletariado».

No obstante esta convicción de la militancia anarquista, el movimiento CNT-FAI ha sabido actuar de tal modo que sin perseverar transitoriamente en la prédica de demoler el Estado, nunca podrá ser probado que su actuación ha sido anti-anarquista.

La mejor demostración de que la C.N.T. no ha incurrido en olvido de su finalidad ni mucho menos se ha convertido en una potencia estatista, la constituye el hecho significativo de la resistencia ofrecida por los demás partidos para que ella forme parte integrante del Estado.

Nos agrada que se meditase sobre esto con el mayor detenimiento.

Mientras tanto no titubeamos en afirmarlo : la C.N.T. no solamente ha formado parte de todo el mecanismo gubernamental porque debía sumar su potencial a todas las demás fuerzas antifascistas, sino que entendió y consiguió su intento de facultar desde los organismos oficiales el desarrollo de la Revolución y de estimular las energías populares, productoras y creadoras.

Por lo menos la actitud de la C.N.T. durante los 19 últimos meses plantea al movimiento revolucionario internacional de inspiración anarquista y con carácter impostergable, el siguiente problema : ineludiblemente la A.I.T. debe tener en cuenta y presentar a estudio la necesidad cada día más sentida, de una revisión de formas de actividad y de métodos de lucha.

Si la C.N.T. en este período de aplicación de la voluntad popular por traducir nuestro pensamiento en realizaciones objetivas, ha introducido en la historia revolucionaria una nueva etapa, he ahí una aportación que supone un gigantesco esfuerzo.

Si toda la acción del anarquismo español ha contribuido a desperdicios del hipnotismo de las ideas abstractas, será ésta otra lección valiosa que de manera alguna debe ser desaprovechada.

Y por último, si por la repercusión de nuestras acciones, mientras resistimos al fascismo invasor y avasallante, se va logrando paulatinamente que los trabajadores europeos y americanos despierten de su letargo, creemos que ya es mucho lo que la España revolucionaria y anarquista ha logrado enseñar al mundo.

Barcelona, 9 de Marzo de 1938.

I. MARTÍ.

Le Gérant : JEAN DUPOUX.

IMPRIMERIE SPÉCIALE DE L'INTERNATIONALE
29, RUE DU MOULIN-JOLY, PARIS-11^e

